

de los años organizó cinco convenciones médico-dentales de mucha trascendencia nacional.

En 1933 fue nombrado presidente del Tercer Congreso Odontológico Nacional, y tuve el honor de colaborar con él como encargado de la exhibición comercial e industrial, que se llevó a cabo por primera vez en la misma Escuela Nacional de Odontología, entonces en la calle de Argentina, acontecimiento que tuvo éxito por la cantidad de trabajos científicos presentados y por la enorme asistencia.

En 1950 solicitó de esta Academia pasar a la categoría de socio titular, lo que se acordó favorablemente el 28 de junio del mismo año.

Entre los años 1937 y 1944 presentó varios interesantes estudios, publicados en la *Gaceta Médica de México*, así como en revistas odontológicas. Forman parte de ellos: *Fracturas de maxilares*; *Donde la ortodoncia deja lugar a la cirugía y Odontología preventiva* (*Gaceta Médica de México* 68, 1938); *El dentista y la salud de los niños* (*Gaceta Médica de México* 71, 1941); *Endocrinología y la*

*práctica estomatológica* (*Gaceta Médica de México* 73, 1943); *El cuidado de la boca de los niños* (*Gaceta Médica de México* 74, 1944); *Caso de actinomicosis del maxilar inferior* (*Revista Odontológica*, 1927); *Tratamiento de fractura total del maxilar inferior* (*Revista Odontológica*, 1935); *Puntos de ortodoncia* (*Boletín Odontológico Mexicano*, 1935).

El doctor Calderón Caso falleció el 13 de enero de 1974 en esta ciudad, a la edad de 84 años, después de que nueve años antes había decidido retirarse de la enseñanza y del ejercicio profesional. Siempre cortés, ponderado y caballeroso con sus discípulos y enfermos, vivió y murió sin ruido ni ostentación.

Ahora lamentamos su fallecimiento como académicos, como amigos, y como discípulos; nos unimos a los miembros de la distinguida familia Calderón Caso y les aseguramos nuestro respeto y reconocimiento por haber sido él un buen mexicano, como lo demuestran sus seis hijos, que fueron educados en un alto nivel moral y de ilustración, que de verdad honran a sus padres.

## AL DOCTOR RIGOBERTO AGUILAR PICO

### *In memoriam*

JORGE MUÑOZ-TURNBULL

Por encargo de la directiva de la Academia Nacional de Medicina, me corresponde ahora leer unas páginas de homenaje póstumo dirigidas a la memoria de un distinguido académico.

Escribir sobre un miembro de nuestra Academia es siempre un destacado honor; mas ahora lo hago con sentimientos multiplicados, tanto por el relevante lugar que el doctor Aguilar Pico tuvo en esta

Academia, como por la amistad cercana que nos unió siempre. Son estas dos circunstancias las que me hacen agradecer a la mesa directiva mi designación para la memoria del académico desaparecido.

Escribo estas líneas con verdadero afecto y ahora con dolor por su ausencia; pena que comparte vivamente la Academia Nacional de Medicina con todos sus familiares.

Hablar de la fecunda y dinámica vida de Rigoberto Aguilar es al mismo tiempo fácil y difícil. La facilidad estriba en que presentó tantos aspectos positivos, que cada uno de los actos de su vida profesional se extendían ampliamente por los medios que lo rodeaban y por lo tanto eran fácilmente captables por ser buenos, por ser sólidos, sinceros y fecundos.

La dificultad de hablar sobre él se percibe cuando en unas cuantas líneas quiere hacerse una síntesis de su trayectoria tan llena de actividades, y tan variadas, pues como bien sabemos, dedicó su vida tanto a su profesión como temporalmente a actividades de índole diferente, que fueron en servicio social y político de entrega a su estado natal.

Muy recién recibido de médico en nuestra Universidad Nacional Autónoma, viajó hacia Europa en el año de 1931, inscribiéndose como graduado en la Universidad de París. Casa de estudios que por aquellos años, constituía el atractivo máximo que todo médico soñaba como fuente esencial para ampliar su cultura profesional.

Este ideal tenía plenas justificaciones; la mayoría de los autores de nuestros textos médicos eran franceses, las revistas de especialización y las de medicina general también eran francesas y naturalmente firmadas por autores de ese gran país. Ade-

más, el idioma científico y literario que en aquellos años más se leía era el francés.

Permaneció en Europa durante 1931 y 1932, habiendo obtenido el título de médico puericultor de la Universidad de París. Efectuó también cursos pediátricos en las ciudades de Burdeos, Hamburgo y Berlín.

En este viaje ya iban bien definidas sus tendencias a la especialización en pediatría; fue así discípulo de los grandes profesores parisienses de esos años, principalmente Marfan, Nobecourt, Lereboullet y Delille.

Posteriormente, dándose cuenta del auge de disciplinas avanzadas en todas las ciencias médicas y muy especialmente en su especialidad, que en los Estados Unidos de América surgían con vigor, visita, ya como pediatra bien madurado, a las clínicas de Chicago, Cleveland, Detroit y St. Louis.

Con una preparación así desempeña en México cargos en servicios pediátricos que fueron desde médico adjunto en el servicio de infectocontagiosos del Hospital General y médico puericultor de la Casa de Cuna, hasta alcanzar el puesto de director del Hospital Infantil de México, puesto que desempeñó durante ocho años consecutivos, de 1963 a 1971. Antes de esto, había sido jefe de servicio en el propio Hospital Infantil, desde su fundación hasta 1953.

Es indispensable resaltar una de las labores que él vio toda su vida con el más grande cariño. Le tocó ser fundador y director del Hospital Infantil "Dolores Sanz" al que desde 1937 hasta 1963 condujo y dio gran prestigio, como profesor de clínica pediátrica, como guía de muchas generaciones de médicos y sobre todo

como humanista, al desempeñar con tanta pasión una dirección médica que sólo le daba satisfacciones espirituales y pedagógicas.

Muchos otros cargos pediátricos desempeñó durante su fructífera vida, que no es posible detallar ahora, pues hay todavía que mencionar variados aspectos de sus actividades en terrenos afines de otra índole.

En cuanto a su producción científica, ésta fue muy fecunda. En su *currículum vitae* se conocen sesenta trabajos, presentados a sociedades e instituciones científicas, todos cuidadosamente elaborados y publicados en revistas pediátricas de primera calidad, así como en la *Gaceta Médica* de nuestra Academia.

Sus estudios más notables fueron enfocados a la desnutrición infantil, que fue para él una persistente preocupación para buscar los mejores caminos a su combate. Dentro de sus trabajos sobre desnutrición, podemos decir que sin lugar a duda fue él pionero distinguido sobre estos temas, que aún no terminan de preocupar al mundo entero.

En este terreno fue el primero en hacer notar la disminución de talla en nuestros niños desnutridos y habló también, muchos años antes de los estudios contemporáneos, del retraso escolar que tales pequeños mostraban. Estos encuentros tan trascendentales en la nutriología moderna han sido ahora perfectamente comprobados, por lo que sin duda el doctor Aguilar, hoy recordado, puso firmes cimientos a tan importantes estudios.

Fue un clínico de primera categoría, con sentido deductivo de aguzada lógica. Esta facultad, lo llevó a realizar otro de sus más encomiables trabajos. Por aquellos tiempos en que se inició la quimio-

terapia de padecimientos respiratorios o infecciosos generales con sulfamidas, ideó él emplear estos productos en las infecciones del aparato digestivo, cosa que hasta entonces no se había hecho. Usó así por primera vez la sulfapiridina en las colitis mucohemorrágicas de los niños, causantes de alta mortalidad. La respuesta a este medicamento en esa época fue tan brillante, que pronto se generalizó su empleo como el mejor tratamiento hasta entonces usado.

No es posible extenderme más sobre todos sus aportes científicos, pues esto ameritaría escribir muchas páginas. Muy importante es insistir en sus prolongadas actividades en el magisterio de la pediatría, de la cual fue profesor durante muchos años, tanto ante estudiantes de pregrado como en la Escuela de Graduados. Su iniciación en las actividades docentes las realizó en México al lado del ilustre académico, doctor Mario A. Torroella.

Pero también en otras actividades, propias de su personalidad, conquistada en sus épocas maduras de pediatra distinguido, abarcó y realizó una labor cívica de primera categoría.

De 1953 a 1956 fue nombrado Gobernador de Sinaloa, su estado natal, elevado puesto, en donde él volcó todas sus energías, buscando las soluciones de los naturales problemas inherentes de aquella entidad. Muchos fueron sus esfuerzos, mas como era natural, dentro de sus funciones como gobernante surgió su imagen de médico, siendo así que una de las principales obras que realizó fue la de construir el primer Hospital Infantil en la ciudad de Culiacán, así como varias guarderías y jardines de niños, centros de bienestar social rural, centros antituberculosos, creando además la Asociación Sina-

loense de Protección a la Infancia. Surgió así con estas realizaciones el gobernante pediatra.

Para terminar este breve bosquejo de Rigoberto Aguilar, en el que aún siendo muy incompleto he tratado de insistir en sus más salientes características, dejó este eminente pediatra a un hogar firmemente formado, a su distinguida esposa, la gentil Coty Bernal de Aguilar, inseparable compañera y a cuatro hijos, un varón ya bien formado que lleva su mismo nombre y tres damitas, todas personas muy estimables y de gran distinción.

En lo que toca a mí, uno de sus tantos amigos, en medio de la pena por su pérdida, tuve la satisfacción de conocer su estado anímico veinticuatro horas antes de su fin, por una fortuita conversación

en la que me dijo: —He estado mal últimamente, pero estoy contento y satisfecho de lo que he realizado durante mi vida, pues he podido llegar a lo que un médico puede aspirar dentro de sus condiciones de hombre y de profesionista. Mis mayores satisfacciones han sido enseñar la pediatría, hacer el bien a los niños enfermos y servir a mi estado natal.

Estas, sus últimas palabras, hacen sin duda menos penosa su ausencia, pues dan una clara idea de la conciencia que él tenía de sí mismo, como espíritu satisfecho que con toda razón, sin jactancia de ninguna especie, la concretaba en la idea precisa de haber sido útil a sus semejantes. Ojalá y todos los médicos pudiéramos tener estas convicciones antes de llegar al final de nuestras vidas.